

Reflexionó Leonardo, y como si viniese á iluminarle un recuerdo terrible, exclamó:

—Sí, en esa misma noche estaba un coche en la orilla del bosque. . . . un coche que se llevó á la persona que ha traicionado á vd. tan cobardemente.

—Estaba vd allí, pues, caballero? preguntó Diana.

—Sí, respondió Leonardo con tristeza. Vi ese coche que no podia salvarme. . . .; y en el instante mismo en que los soldados que habian registrado el castillo de vd. me arrestaban en la miserable choza en que me refugié, ví partir ese coche que conducía un crimen inaudito de cobardía. vi desaparecer ese coche con rapidez por la calzada.

—Y entonces sin duda, fué cuando lo arrestaron á él tambien, no es verdad?

Esta pregunta devolvió á Leonardo la atencion que debia poner en el desempeño del papel que se habia impuesto, y respondió:

—Sí, entonces lo apresaron á él igualmente.

—Pues juzgad, caballero, continuó Diana,

si habré sufrido desde ese dia; ni una noticia, ni una sola palabra me ha escrito. Permanecí sola por mucho tiempo, sin que me fuese posible leer, preguntar, ver, encerrando un secreto horrible en mi corazon. . . . y no obstante, no descubrí este secreto hasta que viéndome reducida á la desesperacion; no por mí, sino por él, supe que estaba condenado á muerte. . . . Sí el peligro en que se hallaba, no mi dolor, fué el que me lo arrancó. Luego, caballero, murió mi madre de la pesadumbre, y solo cuando agonizaba en su lecho, fué cuando hizo sabedores de mi deshonra á mi padre y hermanos. Sobre sus manos heladas, ya por la cercanía de la muerte y que aún me protegían, juraron ellos vengarme, y aquí están ahora para cumplirlo. . . . y para eso he venido yo tambien, para impedir una lucha infame. . . . Es imposible que quiera matar á mis hermanos, despues de haberme deshonrado. . . . Bien comprendereis esto, caballero. . . . sí, lo comprendereis. . . . Y él puede salvarnos si quiere. . . . muy poca cosa es lo que le pido. . . . su apellido. . . . decidle que no me lo niegue. . . . y os juro á vos, á

él. . . . os juro ante Dios, á quien solo ofendo que no seré para él una carga larga ni pesada. . . . tengo pocos dias de vida, caballero. . . . demasiado he padecido ya por su causa. . . . Mas si fuese Dios tan inexorable á mis ruegos que no me lo concediese sino que me hiciese superior á mi desgracia. . . . yo le juro. . . . que me daré la muerte.

—¡Desventurada! exclamó Asthon quién por la primera vez de su vida sentia correr sus lágrimas y derretirse su corazon con una piedad llena de desconsuelo.

—¡Oh! sí, me mataré, añadió Diana con mayor frialdad. . . . por él. . . . y tambien. . . . que bien puedo decirlo á vd. . . . por mí. . . . por que ahora, lo desprecio.

—Oh! replicó Leonardo con un enternecimiento lleno de entusiasmo; ¡oh! angel sagrado de miseria y dolor. . . . Yo juro á vd. yo, que si Leonardo Asthon es capaz de algo todavía en este mundo, reparará la honra de vd. la protegerá. . . . ¡oh! no lo desprecie vd. antes de saberlo todo. . . .

—¡Qué es lo que falta pues?. . . . y que mas tiene vd. que decirme? exclamó Diana con espanto.

—Nada puedo decir á vd. . . . no debo decirle nada. . . . pero recuerde vd. bien las palabras que pronunció aquí delante de Dios á quien ha invocado: á pesar de cuanto llegue vd. á saber, por mas cosas que le refieran y por mucho que tenga vd. todavía que sufrir, hágase vd. fuerte para vivir. . . . y confie sobre todo, descanse vd. en Leonardo Asthon.

—¡En él!

—Sí, en él, yo lo fio.

—Basta, caballero, creo á vd. le dijo Diana ofreciéndole su mano.

Leonardo asió ésta, y colocándola sobre su pecho exclamó:

—Este corazon es digno de comprender á vd. en él puede vd. apoyarse sin temor que la traicione. Pronto nos volveremos á ver, así lo espero. Adios.

Salió Leonardo, y permaneció Diana sola.

XIV.

No en vano resiste la juventud. El árbol viejo, cuya sávia se acaba, muere mas pronto si se rompen algunos de su brazos mas fuertes; pero si tiene pocos años y es vigoroso inútil será que la hacha ó la podadera hayan arrancado la corteza ó destrozado sus ramas. Bastan un aire caliente de primavera y un buen rayo de sol, para que el árbol mutilado arroje hácia el cielo nuevos retoños, mas atrevidos, mas pronto y mas tiernos tambien que aquellos. Cubre con

fresco verdor todas sus cicatrices, y se presenta como si jamas hubiera padecido.

Otro tanto hace la juventud con el corazón del hombre; por muchos dolores que lo hayan herido, por muchos gustos que le hayan arrebatado, bastan una sola espresion noble que lo consuele, una mirada amistosa que lo anime, para que su fé en la felicidad, esta sávia de la vida, vuelvan á ensancharle otra vez. Despide con ardimiento sus deseos hácia lo futuro, y sus dulces esperanzas reflorecen sobre las llagas que cubren, hasta que esté cerrada la herida. Esto fué lo que sucedió con Diana.

Quando se encontró sola, esperó en su porvenir.

Mas no se crea que hubiese egoismo alguno en esta esperanza. Como ignoraba la pobre ciega los terribles acontecimientos que acababan de pasar, las últimas palabras que habia oido debian tranquilizarla aun mas por su familia que por sí misma. Ellas le habian prometido devolverle la honra, y en esta restitucion no era ella quizá la principal interesada; pues es preciso confesar

que cuando ocurren tales reparaciones, bien recobra la familia cuanto ha comprometido de su honra, con todo, la mujer no encuentra en ellas con frecuencia sino el castigo de una falta que el mundo jamás olvida.

Sin embargo, aceptó Diana esta esperanza como una nueva dicha. Necesitan tan poca cosa los que han sufrido mucho para hallar consuelo! Una sola gota de agua, es un beneficio en el desierto. Únicamente son exigentes los felices del siglo y los hombres á quienes nada falta.

Pero no es de extrañarse que en medio de los ensueños de un porvenir mas tranquilo, sobre los que Diana hacia descansar su alma adolorida, dejara de pensar de vez en cuando en aquel otro en sueño de felicidad y amor que la habia entretenido en otro tiempo por algunos instantes. Pero Diana solo se detenia en él furtivamente y lo apartaba casi en el acto de su imaginacion.

En esto se asemejaba á esos primeros desterrados políticos de los primeros dias de una revolucion, á quien se les habia de-

jado la esperanza de volver á Francia. En medio de la alegría que les causaba estas hermosas esperanzas, recordaban ocasiones que en ese país que iban á pisar otra vez, habian poseido riqueza, un rango elevado, un techo paterno consagrado por mil recuerdos, y decian: “Y eso tambien, podré recobrarlo.” Pero acordándose luego de todas las calamidades que habian padecido, rechazaban la esperanza de esa felicidad completa como una cosa insensata, y repetian: “Ah! Basta ciertamente con volver á ver la patria!”

Tal era Diana cuando se le presentaba el amor de Asthon en lo futuro, como al proscrito la opulencia en la patria; tambien ella volvia la cabeza, diciendo muy quedo: “Ah! no debia contentarme con la honra!”

Y Diana imprudente habia creido en ese regreso hácia la honra, que era la patria de donde estaba aún desterrada. Las palabras de aquel hombre á quien acababa de escuchar, eran tan persuasivas respecto de lo que él prometia, que habian persuadido á Diana. Esta es la ley natural de todas

las cosas, tanto de la materia como del espíritu; las vivas emanaciones de un cuerpo penetran en los que le tocan, y la convicción persuade tanto, como aromatizan los perfumes.

De este modo la pobre ciega que se había quedado sola, aguardaba con una impaciencia muy inquieta la vuelta de Marcial; tenía buenas esperanzas que darle, y cuya noticia podría llevar en el acto á su padre y hermanos; mas no volvía Marcial, y la inquietud de Diana, volvía á atormentarla, no porque dudase de la promesa que se le había hecho, porque le parecía sagrada la voz que le había hablado, sino porque esa buena voluntad podría tropezar con mil obstáculos, por sincera que fuese.

La tardanza de Marcial se prolongaba demasiado, y Diana se preguntaba ya si quería él también abandonarla, cuando lo sintió entrar.

Se precipitó hácia él y todo lo que conservaba aún de esperanzas le volvió con la presencia de Marcial. Y como ella tenía mas prisa de consolar á su hermano, que

éste en comunicarle alguna nueva desgracia, Diana fué la primera que habló,

—¡Oh! querido hermano, le dijo, por fin has venido! Sin duda Dios me inspiró cuando quise venir aquí. Sí, tuve razón cuando pensé que Leonardo no quería la deshonra de Diana y la desolación de su familia.

—¡Qué dices! exclamó Marcial, que acababa de ver consumarse esta desolación. ¡Qué dices!

—Que lo que preví ha sucedido.

—¡Pero qué! preguntó Marcial quien dudaba en este momento de que Diana estuviese en su juicio, pues le hablaba de esperanza siendo así que él venía á hablarle de desesperación. ¡Qué es lo que hay! repitió.

—Sí, añadió Diana, vino acá un sujeto mas no Leonardo, sino un amigo, un pariente suyo sin duda, un hombre cuyas palabras son sinceras como estoy convencida. Y ese hombre me dijo: “Leonardo Asthon devolverá á vd. la honra, lo juro á vd. en nombre de Dios.”

—¡Te dijo eso! exclamó con espanto Marcial.

—Sí, eso me dijo.

—Seria acaso por que ese hombre se equivocaba, ¡pobre hermana!

—¡Eso mas! exclamó Diana. . . . Otra mentira mas. ¡Oh! es imposible.

—Quizá se engañaba á sí mismo; porque supongo que no seria el mismo Leonardo Asthon, ¿no es verdad?

—Cierto, no era él.

—Es porque ese hombre no sabia nada.

Al oír el acento angustiado con que pronunció Marcial estas últimas espresiones, entendió Diana que cuanto habia temido durante sus largas horas de ansiedad y congoja, se habia realizado. Repitió pues con un terror inesplicable:

—¿Dices que nada sabia? Marcial....
pues mi padre.

—Vive.....

—El y mis hermanos?.....

Marcial solo contestó con sus lágrimas....

—¡Mis hermanos! Marcial. . . . ; mis hermanos!

—¡Han muerto! respondió con voz sofocada.

—¡Muerto! repitió Diana dando un grito desgarrador.

—Ambos han sucumbido al filo de la espada de Leonardo Asthon.

No pudo Diana sobrellevar la violencia de este nuevo golpe y cayó desvanecida, haciendo temer á Marcial que se cumpliese la predicion de su padre, y que Diana estuviese muerta. En el primer momento de su alarma mandó avisar á Mr. de Chivry, y éste acudió inmediatamente.

Luego que Diana recobró el sentido vió á su lado á su padre que le perdonaba, y á su hermano que tambien le pedia lo perdonase por el mal que le habia causado con aquel descubrimiento. Y tal habia sido la desgracia de esta desventurada familia, que sintieron todos una especie de consuelo en poder llorar juntos.

Marcial refirió á su padre la visita de ese desconocido, y despues completó Diana esta relacion. Pero los tres no veían en ese incidente sino una circunstancia funesta de mas, que sin embargo les probaba cuánta seria la simpatia, hácia ellos en todos los

corazones de los que llegasen á saber este suceso lamentable.

El velo que cubría este secreto iba en breve á ser corrido á la vista de todos, pues el procurador del rey habia recibido ya la queja de Mr. de Chivry, y á los pocos instantes de haber vuelto á su casa, habia sido otra vez arrestado Leonardo Asthon.

Por una contradiccion que sus amigos estrañaron, sabiendo lo que era su carácter siempre pronto á rebelarse, vieron con asombro que aceptaba con calma y resignacion este nuevo encarcelamiento. Pero la conducta posterior de Leonardo los admiró mas aún, luego que llegó á su noticia por el relato que hacian los periódicos tocante á la instruccion de esta causa. En todos los interrogatorios á que tuvo que contestar, Leonardo no respondia sino: "Me justificaré delante de mis jueces, no puedo hablar antes que llegue esa hora." Esa obstinacion que nadie podia comprender, se manifestó muy particularmente el dia que fué preciso carear al acusado con la víctima.

No solo quiso Leonardo dar explicacion alguna sobre las cosas que se le pregunta-

ban, sino que ademas se negó á pronunciar una sola palabra en presencia de Diana. Y como sabian que el metal de su voz era el único indicio por el que Diana pudiese reconocer á su seductor, se creyó que él se reservaba este medio vergonzoso para que su defensor negase la identidad de su persona. Por consiguiente, conforme se iba aproximando el desenlace de este drama fatal, el silencio de Asthon se convertia contra él en una prueba casi irrecusable de su culpabilidad.

Pero ni los ruegos de sus amigos, ni los consejos de su abogado, habian podido decidirlo á romperle, y respondia tanto á su familia como á los magistrados:

—"Yo me justificaré delante de mis jueces."

Ya deberá comprenderse cuanto llegarían las circunstancias graves de este asunto que eran ya públicas, y la estraña conducta de Leonardo Asthon á escitar el interes y la curiosidad de todos los vecinos de Nantes. Unos tomaban partido por Mr. de Chivry, otros lejos de acusarlo procuraban defender á Leonardo Asthon recordando que toda su

vida habia sido la de un hombre muy honrado y de un corazon muy noble. Mas no por esto dejaban de hallarse menos apurados al explicar su constante negativa de justificarse.

En fin, llegó el dia en que debia comenzar el juicio.

XV.

Nunca habia llenado la sala de audiencia un concurso mas numeroso. La importancia del reo y de sus acusadores, la circunstancia especial de la ceguera de Diana, el suceso del desafio, el silencio obstinado de Leonardo, todo esto hacia esta causa una de las mas singulares, mas terribles é interesantes de que se haya tenido jamas noticia. Ademas, llevaba impreso un carácter escepcional, por que contenia un desenlace que no era fácil preveer.

En la mayor parte de las causas sometidas

das á los tribunales, la declaracion del jurado no es con frecuencia sino la confirmacion legal de una opinion que uno ha podido formarse anticipadamente sobre derechos conocidos á los que rara vez añaden los debates á muchas aclaraciones. Pero en este proceso, no podia preverse la determinacion del jurado, porque se ignoraba el sistema de defensa del reo, y nadie podia imaginarse cual seria el nuevo aspecto que tomaria este negocio cuando aquel creyese conveniente hablar.

Como debe suponerse, el número de las mujeres que habia en el auditorio, era considerable.

Una jóven de nombre distinguido, de singular belleza, seducida por un hombre de igual categoría que habiendo adquirido primero fama de virtuoso habia cometido luego la mas infame cobardia, esta jóven en presencia de su seductor, ese padre frente al matador de sus hijos, aquel jóven, Marcial que tuvo precision de renunciar á la venganza de sus hermanos, todo eso, repetimos, comunicaba á esta causa cierto atractivo de curiosidad que habia convocado en

las tribunas del Tribunal superior, todas las personas de la mayor distincion de la ciudad, y esta circunstancia añadia á la causa una solemnidad que se comunicaba á todos los presentes.

Concluida la lectura de la acta de acusacion y habiéndose retirado los testigos, procedió el presidente del tribunal al interrogatorio de Leonardo Asthon. Esperaban todos en silencio sus respuestas. Habiendo dicho su nombre, su estado, su posicion y su edad con tono grave y en cierto modo de respeto, suponian que contestaria de la misma manera luego que llegase al fondo de la acusacion. Pero cuando le preguntó el presidente:

—No admitió vd. en tal época un refugio en casa de Madama de Kermie? Leonardo contestó.

—No puedo satisfacer todavía esa pregunta

Piense vd. bien, le dijo el presidente, que fácilmente puede interpretarse ese silencio en su contra.

—Lo sé, replicó Leonardo, pero no me es permitido romperlo aún.

—No olvide vd. dijo el procurador del rey, que esta negativa en defenderos, puede autorizarme á pedir la remision de la causa para otra sesion.

—Seria injusto, contestó Leonardo, y acaso despues de haberse oído á los testigos y las esplicaciones que me comprometo dar, hallará vd. que mi conducta es lo que debe ser.

Al escuchar semejante declaracion salió del auditorio un rumor prolongado de sorpresa. Los jurados se interrogaban con la mirada, los magistrados se preguntaban si eran quizá el juguete de tan atrevida insolencia. Mas habiendo espuesto el defensor de Mr. de Chivry que su cliente pedia con instancia que se prosiguiese y juzgase la causa, declaró el presidente que seguirian su curso los debates.

A Mr. de Chivry tocó primero referir cómo habia sido llamado á Machecoul por una carta de su suegra. Pintó el horror de la escena en que habia sabido la deshonra de su hija y el nombre de su seductor.

—Soy el único testigo, añadió, que vengo á certificar tan funesta confidencia. Los

dos hijos que me acompañaban, han muerto heridos por el autor de mi deshonra; pero su muerte es un testimonio sagrado de la verdad de lo que acabo de sentar, pues murieron porque habian jurado vengar á su hermana.

Esta deposicion habia conmovido dolorosamente al auditorio y al tribunal, y luego que Mr. de Chivry, destrozado por el dolor fué á sentarse al banco de los testigos, todas las miradas se volvieron hácia Asthon, como para pedirle cuenta de tan venerable aflixion. Estaba tranquilo, si bien triste.

—Qué tiene vd. que decir? le preguntó el presidente con severidad.

—Nada, señor....

—Nada?....

—Nada.

Otro rumor de indignacion recorrió el auditorio y espresó tan perfectamente el sentimiento general de todos los presentes y de los jueces, que apenas penso el presidente en reprimirlo.

—Introducid otro testigo, dijo con voz agitada, é inclinándose hácia los conseje-

ros que lo cercaban, les habló con ademanes que parecían decir que en su larga carrera, rara ocasión había visto tanta audacia y tan estoico endurecimiento.

Llegaba el turno de Marcial, de ese muchacho que sabían ya era tan noble, tan heroico, tan interesado en la desgracia de su hermana. Aun en medio del silencio que impone el respeto que se debe á la magistratura, hay íntimas demostraciones de vengolencia en favor de la persona á quien va dirigida, y Marcial vió al entrar que era el objeto de la sensibilidad general.

Habiendo llegado con los ojos bajos hasta el pié del pretorio, alzó la vista y la fijó, sea por casualidad ó á propósito, sobre Leonardo. Este, cuyas miradas habían seguido á este muchacho con una espresion singular de interes, las volvió de repente á otra parte al encontrarse con las de Marcial. Se observó este movimiento y la impresion que causó no fué favorable para Leonardo; en él les pareció ver el remordimiento de la vergüenza propia.

El relato de Marcial fué sencillo; refirió su salida de Paris, su llegada á Chateau-

ron y lo que había sabido de su hermana. Dijo tambien cuál era su intencion al traerla á Nantes, y cuanto había acontecido en dicha ciudad. Habló igualmente de la visita del desconocido que había ido á ver á su hermana y cuya identidad no se había podido descubrir.

—Teneis acaso alguna idea de la persona que estuvo á ver á la señorita de Chivry, dijo el presidente á Asthon, la conocéis?

—La conozco.

—Nombradla pues.

—No puedo, contestó Leonardo.

—¡No podeis! prosiguió el presidente; lo comprendo, os avergonzais de tener que negar las palabras que un hombre de honor, engañado sin duda por vuestra hipocresia, creyó poder pronunciar en vuestro nombre.

—Yo no niego esas palabras, dijo Asthon, y os suplico, señor presidente y señores jueces que tengais á bien tenerlas muy presentes, porque en breve quizá tendré que invocarlas.

El tono lleno de calma, el aire digno con que Leonardo habló no asombraron menos